

CLASE, NACIÓN Y MEMORIA HISTÓRICA EN LOS DISCURSOS MOVILIZADORES ANARQUISTAS EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (JULIO DE 1936 – MAYO DE 1937)

Víctor Burgos Portabella

En las últimas décadas hemos asistido a una profunda renovación en los estudios sobre el nacionalismo,¹ la cual cuestionaría muchos de los tópicos recurrentes acerca de la supuesta incompatibilidad de las izquierdas con la cuestión nacional, como si las apelaciones a la nación fueran un mero manto encubridor de los conflictos de clase y las luchas por lo material.² La historiografía clásica mostró reticencias a considerar el anarquismo como un posible agente nacionalizador, al igual que el movimiento obrero en su conjunto. Interesó más el papel de los anarquistas en relación con los nacionalismos periféricos que su vinculación con el proceso de construcción de la nación española, siendo el caso catalán el más trabajado.³ Si bien este campo de estudios ha sido roturado por diversos autores, queda un largo camino por transitar y muchos prejuicios vigentes que desterrar.⁴

¹ Véase, a título significativo: Xavier Andreu y Mónica Bruguera, “Culturas políticas e identidades colectivas después del giro cultural: nación y género en la historiografía contemporánea”, *Historia y Política*, 50 (2023), pp. 71-104. Raúl Moreno Almendral, “Corrientes teóricas para el estudio de las naciones y el nacionalismo: críticas y alternativas al paradigma modernista”, *Revista de Estudios Políticos*, 171 (2016), pp. 225-253. Alejandro Quiroga y Ferran Archilés (eds.), “Dossier. La nacionalización en España”, *Ayer*, 90 (2013), pp. 13-137.

² Vega Rodríguez Flores, “La izquierda no es nacionalista”, en Ferran Archilés, Julián Sanz y Xavier Andreu (eds.), *Contra los lugares comunes. Historia, memoria y nación en la España democrática*, Catarata, Madrid, 2022, pp. 60-68. Alejandro Quiroga, “Traiciones, solidaridades y pactos: la izquierda y la idea de España durante la Transición”, en Manuel Ortiz Heras (coord.), *Culturas políticas del nacionalismo español. Del franquismo a la Transición*, Catarata, Madrid, 2009, pp. 73-100; “Coyunturas críticas: la izquierda y la idea de España durante la Transición”, *Historia del presente*, 13 (2020), pp. 21-40. Javier Moreno Luzón (ed.), *Izquierdas y nacionalismos en la España contemporánea*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2019.

³ Josep Termes, *Història del moviment anarquista a Espanya (1870-1980)*, L’Avenç, Barcelona, 2011.

⁴ Eric Hobsbawm, *Sobre el nacionalismo*, Crítica, Barcelona, 2021. Hans Kohn, *Historia del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, Madrid, 1949. En cuanto a la relación entre discurso nacional(is-ta) y anarquismo, se pueden extraer algunas referencias interesantes del clásico libro de Jordi Sabater. *Anarquisme i catalanisme. La CNT i el fet nacional durant la Guerra Civil*, Edicions 62, Barcelona,

Aquí analizaremos el protagonismo que ejerció la nación en los discursos de movilización bélica de la CNT-FAI durante la Guerra Civil española, centrándonos en su dialéctica con la categoría de clase social. Lo haremos a través del vaciado exhaustivo de la principal prensa anarcosindicalista,⁵ publicada entre el golpe militar del 18 de julio de 1936 y los hechos de mayo de 1937 que convulsionaron el campo republicano, sepultando las esperanzas revolucionarias de los anarquistas. La elección del periodo se justifica porque en él convivieron guerra y revolución social, además de ser la etapa de mayor protagonismo del anarquismo en el conflicto, que se cierra en mayo del 37 con signos bien patentes de pérdida de su empuje y vigor iniciales.

Tal como ha puesto de relieve la nueva historia social y cultural de la política, la nación ocupó un lugar central en las distintas culturas políticas, las cuales pugnaban por fijar su significado y por establecer la hegemonía de su imaginario, siempre en busca de la legitimación.⁶ Nuestro objetivo principal es mostrar cómo los anarquistas participaron de este proceso con particular intensidad, en un intento de precisar qué opciones identitarias plantearon durante el mencionado periodo.

Las confrontaciones bélicas constituyen un espacio preferente de recreación y difusión social de los imaginarios nacionales, en lo que se ha venido a denominar

1986. Véase asimismo Ángeles Barrio, “Discursos sobre nación y patria en el anarquismo español de entre siglos”, *Historia Contemporánea*, 66 (2021), pp. 403-432. Francisco Fernández Gómez, “Factores del desorden. La nacionalización de los anarquistas hasta la Gran Guerra”, *Rubrica Contemporanea*, 6: 11 (2017), pp. 67-94. Assumpta Castillo, “Anarquismo y regionalización de las masas. «Una realidad regional, una realidad comarcal y una realidad local»”, en Pere Gabriel, Jordi Pomés y Francisco Fernández Gómez (eds.), *España res publica. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos xix y xx)*, Comares, Granada, 2013, pp. 313-322. Marta García Carrión, “Tintado en rojo. Comunistas, anarquistas y la representación del pueblo nacional en los años de la II República”, en Aurora Bosch e Ismael Saz (coords.), *Izquierdas y derechas ante el espejo: culturas políticas en conflicto*, Tirant, Valencia, 2015, pp. 119-140. Pilar Salomón, “¿Crear identidad nacional desde el internacionalismo libertario? Clase y nación en el anarquismo español de los años treinta”, en Xavier Andreu (coord.), *Vivir la nación: nuevos debates sobre el nacionalismo español*, Comares, Granada, 2019, pp. 239-265; “Anarquismo, género e identidad nacional”, en Dolores Ramos (coord.), *Tejedoras de ciudadanía: culturas políticas, feminismo y luchas democráticas en España*, Universidad de Málaga, Málaga, 2014, pp. 106-122. Ángel Smith, “Los anarquistas y anarcosindicalistas ante la cuestión nacional”, en Javier Moreno Luzón (ed.), *Izquierdas y nacionalismos en la España contemporánea*, Pablo Iglesias, Madrid, 2011, pp. 119-140.

⁵ Las principales publicaciones consultadas son las siguientes: *Solidaridad Obrera* (Barcelona), *CNT* (Madrid), *Fragua Social* (Valencia) y *Tierra y Libertad* (Barcelona). Para obtener una panorámica aún más amplia de la relación teórica y discursiva entre clase y nación en el anarquismo durante el periodo que nos ocupa, convendrá explorar otras fuentes como periódicos de trinchera de unidades anarquistas o las memorias escritas por destacados militantes anarquistas (Jacinto Toryho, Diego Abad de Santillán o Juan García Oliver, entre otros).

⁶ Xavier Andreu, Pablo Giori y Vega Rodríguez-Flores, “Procesos de nacionalización y encrucijadas identitarias. Nuevos enfoques en los estudios de los nacionalismos y las naciones”, en Cristian Ferrer y Joel Sans (eds.), *Fronteras contemporáneas: identidades, pueblos, mujeres y poder*, Actas del V Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea, vol. 2, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, 2017, pp. 19-29. Xavier Andreu, “Nacionalismo español y culturas políticas. El comienzo de una buena amistad”, *Historia y Política*, 34 (2015), pp. 355-381.

la *nacionalización por la sangre*.⁷ El culto de la nación en armas ayuda a reforzar la cohesión social en el seno del cuerpo nacional, intensificando los lazos comunitarios entre sus integrantes. La recreación de la alteridad del enemigo común en clave excluyente y a menudo extranjerizante en base a estereotipos exagerados forma parte de la agitación y propaganda en las guerras de todas latitudes. Es fundamental el imperativo de *juntar filas*, promoviendo el sentimiento de pertenencia a un *nosotros* en oposición a un *ellos*, acorde con la elaboración de una imagen propia idealizada y positiva en oposición a la representación deformada y nociva del adversario.⁸ El resultado es la total simplificación de las consignas y versiones del conflicto lanzadas en un contexto de violencia, quiebra y polarización extrema de la sociedad.⁹

Las campañas militares no generan por sí mismas una conciencia nacional desde la nada, pero la atmósfera patriótica que las envuelve acostumbra a tener un hondo impacto en las identidades, dando lugar en ocasiones a la conformación de un nacionalismo de guerra. Para Xosé-Manoel Núñez Seixas, sus características más distintivas son: la glorificación de valores de alto contenido emocional, entre los que destacan el concepto de sangre derramada y la idea de sacrificio compartido; la idealización de la existencia de una comunidad de destino entre los combatientes y el resto de miembros del colectivo nacional; la exaltación de la camaradería de las trincheras; el culto a los héroes, en especial a los mártires y caídos por la causa sacratizada de la defensa de la nación, añorados por la madre (la patria) en la retaguardia, encargada de engendrar más hijos para asegurar la continuidad de la comunidad nacional; por último, la exaltación de la guerra como fragua de los mejores vástagos de la patria, imbuidos de las mayores virtudes nacionales, adquiridas tras el pago de un alto tributo de sangre y sufrimiento.¹⁰

El estallido de la Guerra Civil generó unas dinámicas de movilización bélica y política sin parangón en la historia de España. José Álvarez Junco ya señaló en su día el papel axial del nacionalismo español en la propagandística bélica fabricada por ambos bandos contendientes, con los discursos de la patria en peligro y de combate en pro de la “salvación de España” como galvanizadores de una lucha de tonos apocalípticos contra el enemigo, tildado en muchas ocasiones de invasor.¹¹ El citado Núñez Seixas ha profundizado en la dimensión nacionalista y nacionalizadora de la Guerra Civil, en la cual se batieron a sangre y fuego múltiples proyectos ideológico-políticos, visiones enfrentadas de la sociedad y diversas formas de concebir la nación española. En su

⁷ Eduardo González Calleja, “La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español”, *Historia Social*, 61 (2008), p. 75.

⁸ Alfonso Iglesias. *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)*, Tesis doctoral, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2014, p. 7. La versión publicada de la tesis es *Marruecos, panteón del Imperio español (1859-1931)*, Marcial Pons, Madrid, 2022.

⁹ Manuel Santirso, “Guerra y nacionalismo”, en Pere Gabriel, Jordi Pomés y Francisco Fernández Gómez (eds.), *España res publica*, pp. 175-185.

¹⁰ Xosé-Manoel Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 11-15.

¹¹ José Álvarez Junco, “El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras”, en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Culturas y movilización en la España contemporánea*, Alianza Universidad, Madrid, 1997, pp. 35-67.

nombre se mató y murió, erigiéndose como una cuestión nuclear lo que era y significaba España. De esta manera, lo que hallamos es una multiplicidad de imágenes propias y del enemigo, expresadas mediante una gran diversidad simbólica, en sostenida disputa por los significados de nación y confrontadas en una arena pública marcada por el contexto bélico y la dimensión internacional del conflicto. Aunque se concede poca atención a los anarquistas, se pone en evidencia cómo la CNT-FAI utilizó mitos, símbolos e imágenes arquetípicas del nacionalismo español decimonónico para estimular el ardor guerrero y el entusiasmo revolucionario de sus bases sociales, así como para movilizar a la población en el esfuerzo de guerra contra los insurrectos.¹² Josefa Alcolea ha tratado también esta cuestión a partir del análisis del periódico *Fragua Social*, órgano de la Confederación Regional del Trabajo de Levante.¹³

Para Chris Bannister,¹⁴ este discurso patriótico se habría abierto paso tras las jornadas de mayo del 37. Relegado el horizonte revolucionario a un segundo plano, la CNT pasaría en adelante, según este historiador, a impulsar un discurso movilizador vertebrado en forma de nacionalismo proletario, en su empeño por entusiasmar e integrar a sus bases militantes en el Ejército Popular republicano. La conflagración pasó así a ser representada como una segunda guerra de independencia, en este caso contra el fascismo y el capitalismo extranjeros. En contraste con la tesis de Bannister, aquí trataremos de demostrar que el encuentro de la nación con los componentes revolucionarios y de clase en la retórica anarquista habría tenido lugar, no a partir de los sucesos de mayo del 37, sino antes, ya poco después del estallido bélico.

ESPAÑA PROLETARIA VERSUS ESPAÑA NEGRA

La prensa anarcosindicalista cultivó con fruición la idea de las dos Españas enfrentadas, prolongación de un discurso de matriz liberal que contraponía la España amante de las libertades con la clerical y despótica. El pasado nacional, alimento identitario y gran recurso movilizador en tiempos bélicos, lo abordarían bajo el prisma de un combate secular entre ambas fuerzas, asumiendo la guerra como su episodio culminante y decisivo. A ojos de los publicistas anarquistas, el enfrentamiento era entre la España proletaria y la España negra, que asociaban con los sublevados, y sobre la que corrieron ríos de tinta buscando caracterizar y representar al enemigo. El uso de una memoria nacional resultó fundamental para reforzar y legitimar su causa.

El 19 de julio de 1936 fue objeto de una recurrente mitificación en el imaginario anarquista, convertido en la simbólica fecha que supuso la derrota de la sublevación militar en Barcelona y otras zonas del país. En adelante se sublimó el protagonismo del pueblo en armas lanzado a las calles en aquellas jornadas, tras las que vendría la tan

¹² Xosé-Manoel Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor!*

¹³ Josefa Alcolea, *Fragua Social. Prensa, cultura y movilización en la CNT valenciana (1936-1939)*, Tesis doctoral, Universidad de Valencia, Valencia, 2016.

¹⁴ Chris Bannister, *Crusaders and commissars: a comparative study of the motivation of volunteers in the Popular and National armies in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Tesis doctoral, European University Institute, Florencia, 2014, pp. 95-140.

ansiada revolución social durante el “corto verano de la anarquía”.¹⁵ El nuevo símbolo fue reconocido como el momento de ruptura con el pasado, punto de arranque de una etapa histórica protagonizada por los trabajadores al frente de la lucha contra el fascismo y de la conquista de una España libre y sin privilegios. Esta concepción queda bien ilustrada en la figura 1: “¡Proletarios! ¡Hundamos para siempre la España negra!”.¹⁶ El miliciano anarquista con mono de trabajo, fusión del trabajador y el combatiente, encarna esta lucha a bayoneta calada. Federica Montseny lo expresaba así: “La sacudida transformadora que se inició el 19 de julio, por obra directa del pueblo, rompió un pasado de ignominia, un periodo de la historia de España, de la España decrepita, fosca, feudal y decadente que se hundía para no levantarse más”.¹⁷



Fig. 1.

¹⁵ Hans Magnus Enzensberger, *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Buenaventura Durruti*, Anagrama, Barcelona, 1998.

¹⁶ CNT, 24 de julio de 1936.

¹⁷ Solidaridad Obrera, 11 de agosto de 1936.

Había llegado el momento de la verdadera España. Su “alma y carne” eran los miembros del proletariado, considerados los únicos y auténticos españoles por su condición de productores que “hacen patria” con el sudor de su frente. Las clases dominantes y privilegiadas opresoras del pueblo, acusadas de parasitar el esfuerzo de los de abajo, quedaban excluidas del *demos* nacional. “Los que nos atacan no son hermanos nuestros; que nadie los llame españoles”, escribía Vigia (seudónimo) el 19 de octubre del 36, en los inicios de la defensa de Madrid. Y exclamaba a continuación: “luchamos por España y España es nuestra obra: es el esfuerzo de miles de generaciones obreras, es la obra de los trabajadores [...] ¡Guerra al invasor!”.¹⁸ Dichas citas contienen dos aspectos clave de la propaganda movilizadora anarquista relacionados entre sí: la extranjerización del enemigo, que facilitaría una interpretación del conflicto en términos de guerra de liberación nacional; y la defensa de una España que no era la de patronos, curas y militares condecorados, sino patrimonio del pueblo español, formado por las gentes de estómago vacío y manos encallecidas.

Una cuestión transversal son los esfuerzos por impugnar y deslegitimar el nacionalismo de guerra del bando insurgente y su retórica beligerante contra los “enemigos de Dios y de España”. Como es sabido, los propagandistas favorables a la causa golpista difundieron profusamente el sentido de la Cruzada contra la “anti-España” que a su juicio pretendía bolchevizar la nación y liquidar sus esencias católicas. La publicística anarquista, por su parte, abundó en las contradicciones de este discurso movilizador con objeto de disputar los significados de nación al enemigo, reafirmando con ello una identidad nacional española propia atravesada por la clase. Las caricaturas e imágenes satíricas se revelaron muy útiles a tal efecto. El discurso del pueblo resistente en favor del antifascismo y la libertad que simbolizaría la España trabajadora formaría el núcleo de la acción propagandística anarcosindicalista, dirigida a estimular el ardor combatiente y el afán revolucionario de la población.

Para el intelectual y periodista Gonzalo de Reparaz, la Guerra Civil se trataría de “un conflicto entre la España fabricada por la Reconquista (que fue una conquista) y la España auténtica y castiza, sojuzgada por aquella”.¹⁹ La llamada *España tenebrosa* se levantaba, según los anarquistas, sobre los pilares simbólicos de la narrativa de la Reconquista contra el islam, hipertrofiada por los rebeldes. Estos no eran otros que la espada y la cruz con el *leitmotiv* de la lucha contra el infiel, ahora encarnado en las figuras de republicanos, masones, socialistas, comunistas, anarcosindicalistas, librepensadores y nacionalistas periféricos acusados de separatismo. La España trabajadora reivindicada por los libertarios era “la del Quijote, de los Comuneros y la de Costa”, frente a la cual se encontraba la “anti-España vieja y carcomida de Torquemada, del oscurantismo y de toda esa caterva de haraganes privilegiados”.²⁰ Nos topamos aquí con tres poderosos símbolos de esa España de valores positivos tantas veces evocada en la prensa ácrata. Primero, la figura universal de don Quijote de la Mancha, símbolo del idealismo, de lo que debería ser y no es, emblema del contraste con la áspera realidad,

¹⁸ CNT, 19 de octubre de 1936.

¹⁹ Tierra y Libertad, 7 de agosto de 1936.

²⁰ Tierra y Libertad, 3 de septiembre de 1936.

que no es otra que la de la España vulgar y desdichada, simbolizada por su inseparable compañero Sancho Panza. El personaje novelesco del Quijote es el paladín por excelencia de las causas justas, un hidalgo soñador y poblado de ideas de cambio, que vendría a simbolizar la España a la que los anarquistas revolucionarios aspiraban. En segundo término, la revuelta de las Comunidades de Castilla (1520-1521), símbolo de resistencia contra las ambiciones imperiales de una nueva dinastía extranjera, que su derrota a la postre truncó la España que pudo ser y no fue. En último lugar, es citado el nombre del regeneracionista Joaquín Costa (1846-1911), personificación de la crítica feroz a la España corrupta de la oligarquía y el caciquismo. A todo ello habría que sumar la resignificación que se hace del concepto simbólico de “anti-España”, utilizado *in extenso* por la propagandística sublevada.²¹

El apoyo incondicional de la Iglesia católica al golpe contra la República, y su papel en la legitimación de la violencia y la represión subsiguientes, proporcionaron abundante munición argumental a los anarquistas (ya bien abastecidos de antemano por su proverbial anticlericalismo) para considerarla la principal cantera de la España negra. Desde el comienzo de la contienda se potenció un relato cargado de representaciones historicistas que conectaban los crímenes cometidos por los sublevados con la memoria de la campeona de la brutalidad y el fanatismo ciego en el imaginario colectivo de lo hispánico: la Santa Inquisición. Expresiones del tipo “hordas inquisitoriales”, “fascismo inquisitorial” o “tormentos inquisitoriales”, junto con referencias al personaje de Tomás de Torquemada (1420-1498), se hicieron muy habituales en las crónicas de prensa. El mensaje que se pretendía transmitir estaba claro: la violencia perpetrada por los fascistas²² en las zonas bajo su control había traído de vuelta el infame “espíritu de Torquemada” y sus secuaces, de la mano de las hogueras y los autos de fe.²³

Lo mismo ocurre con la memoria del carlismo decimonónico, que forma parte también, aunque de forma más lateral, del constructo de la España negra en tanto paradigma del clericalismo ultramontano. Son escasas las alusiones a los cerca de 60.000 requetés que combatieron en la Guerra Civil.²⁴ Nos topamos, sin embargo, con varias referencias a los carlistas como epítome de la ira reaccionaria y el fanatismo violento. El objetivo vuelve a ser establecer un paralelismo simbólico y discursivo entre la violencia golpista y la practicada por estos últimos contra liberales y republicanos en el pasado. Véase como ejemplo, entre otros posibles, “¡Zumalacárregui, Cura Merino, Cabrera, Cura Santa Cruz: insurrectos, asesinos y criminales de la más vil estofa! ¡No

²¹ “Quizás creen que la patria son solamente ellos y que el resto de los españoles somos. ¿No fueron ellos los que inventaron aquello tan gracioso de la anti-España?”, escribiría Ezequiel Endériz en un texto mordaz contra el uso por parte de la prensa golpista del aforismo “caídos por Dios y por la patria”. *Solidaridad Obrera*, 16 de octubre de 1936.

²² Los anarquistas se sirvieron a menudo del término genérico de “fascistas” para referirse al heterogéneo conjunto de actores que conformaban las fuerzas del bando sublevado.

²³ *Solidaridad Obrera*, 2 de septiembre de 1936.

²⁴ Julio Aróstegui, *Los combatientes carlistas en la guerra civil española, 1936-1939*, Aportes XIX, Madrid, 1991. Javier Ugarte Tellería, *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

os estremecen, no tiemblan, allá en la tumba vuestras osamentas, de miedo y de pavor, al ver las monstruosidades cometidas por los generales Franco, Queipo de Llano y Cabanellas?”²⁵

La recreación de los tormentos de la Inquisición y del activismo violento de los carlistas servía para evocar un imaginario donde el anticlericalismo ocupaba un lugar preponderante. En la retórica anarquista no cabía duda: los sublevados pronto superarían con mucho el carácter despiadado de ambos y su reguero de víctimas.

Uno de los recursos retóricos más utilizados son las etiquetas acusatorias de *vaticanista* y *jesuita*, que integrarán parte del repertorio de extranjerización del enemigo utilizado por los anarquistas. Junto a su propósito meramente descalificativo de tipo religioso, responde también a los esfuerzos por contrarrestar los discursos generados por los rebeldes de buenos y malos españoles en base a la catolicidad. El hecho de enfatizar acerca de la servidumbre del conglomerado reaccionario del poder extranjero del Vaticano tenía la intención de estigmatizar como enemigos de España a los sublevados, quienes decían actuar en defensa de la nación católica frente a la amenaza de la conspiración judeo-masónico-marxista internacional.

Siguiendo esta argumentación, tras el golpe contra la Segunda República se escondería la mano oculta de la Santa Sede, descrita como un lugar siniestro en donde se manejaban los hilos de la política internacional y se patrocinaba el fascismo. La finalidad de tal operación consistiría en volver al pasado más oscuro dominado por los portadores de la “espada y la cruz”, hacer de España un gran feudo inquisitorial al servicio de los privilegiados, controlado con puño de hierro por el clero. En otras palabras, el “movimiento canallesco amasado a las sombras del Vaticano”²⁶ (pretendía) sumir a España en la más negra de las inquisiciones pactando para lograrlo con los hombres más ruines y tiranos de otras naciones”.²⁷ Este rol director del Vaticano queda perfectamente ilustrado en una caricatura del dibujante satírico Luis García Gallo, publicada en el periódico *CNT* con fecha 16 de octubre de 1936 (figura 2). En esta, el proletariado descubre tras el telón el “intríngulis” de todo, a saber: una alta dignidad eclesiástica (presumiblemente el Papa) moviendo las marionetas de Hitler y Mussolini, los máximos aliados internacionales de la causa sublevada.²⁸

La misma dinámica se repite con el empleo peyorativo del término “jesuita”. Los anarquistas echaron mano de este tópico para difamar y acusar al adversario político de servir a poderes extranjeros, en este caso al del Vaticano. Como hemos apuntado más arriba, la finalidad era poner en entredicho el patriotismo de los autodenominados “nacionales”, que no harían sino ejercer de “nuevos inquisidores de la nación española”²⁹ de la mano de los fascismos europeos, considerados el brazo ejecutor del capitalismo internacional.

²⁵ *Solidaridad Obrera*, 5 de agosto de 1936.

²⁶ *Solidaridad Obrera*, 7 de agosto de 1936.

²⁷ *Solidaridad Obrera*, 13 de septiembre de 1936.

²⁸ *CNT*, 16 de octubre de 1936.

²⁹ *Tierra y Libertad*, 1 de octubre de 1936.

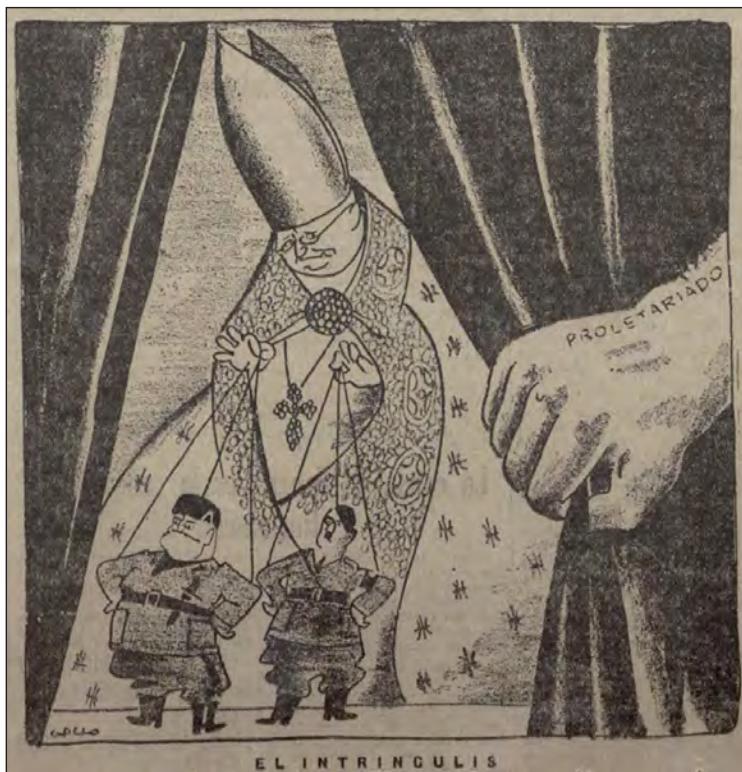


Fig. 2.

EL FALSO PATRIOTISMO DE LOS GOLPISTAS

La propagandística ácrata dedicó muchas energías a desvalorizar y ridiculizar el nacionalismo del que hacían exhibición los generales golpistas y sus adláteres. Las caricaturas e imágenes satíricas se revelaron muy efectivas con objeto deslegitimador. El apoyo internacional de las potencias fascistas y la participación de contingentes militares extranjeros (italianos, alemanes, norteafricanos, irlandeses, etc.) en las filas del ejército insurrecto proporcionaban una nutrida batería argumental para denunciar la felonía de los golpistas a España y a su historia. Marcados con el vergonzoso estigma de la traición a la patria y al juramento militar, los militares insubordinados fueron tildados de *malos españoles*, cuando no directamente privados de dicha condición. A este desenlace contribuyó en buena medida su desenvolvimiento extremadamente violento en el frente y sobre todo en la retaguardia contra una población civil que, como se encargarían de recordar a menudo los redactores libertarios, estaba formada en su práctica totalidad por hombres y mujeres bautizados.

En un artículo titulado irónicamente “El «Ejército Nacional»”,³⁰ se criticaba con dureza el uso por parte del ejército sublevado del apelativo “nacional”. En este sentido,

³⁰ *Solidaridad Obrera*, 16 de agosto de 1936.

se argumentaba que “nadie hasta ahora”, tampoco los principales caudillos carlistas (son citados Cabrera, Zumalacárregui y el general Gómez) “desde que nuestra patria existe, se había atrevido nunca con tanta despreocupación y cinismo a usar título tan soberbio, ni tan falso”. El autor anónimo del texto, quien tenía muy en mente las atrocidades cometidas por el Tercio Extranjero y las tropas moras, afirmaba que “los que se titulan defensores de la unidad nacional, son unos extranjeros indocumentados”. El periódico *CNT* se preguntaba unos días más tarde: “¿Dónde está su patriotismo, ese patriotismo que invocan al grito de viva España?”, a lo que respondía que “el patriotismo convencional de los generales españoles que se alzaron contra el régimen es un mito. Confunden sus personillas, sus villanas ambiciones de predominio fascista, con la Patria. La Patria son ellos”. La pieza concluía con toda una declaración de principios: “Y puede decirse, sin que ello sea paradoja, que los productores hacen Patria en el mejor sentido de la palabra, y que los «patriotas» cien por cien la deshacen”.³¹

Estas son dos ideas recurrentes. Por un lado, que el patriotismo era un simple espantajo tras el que se refugiaban los gerifaltes militares a fin de ocultar sus ambiciones más espurias; una envoltura narrativa que serviría, pura y simplemente, para legitimar su posición privilegiada y de dominación sobre los de abajo. Por otro lado, los patriotas de verdad eran aquellos que se ganaban el pan con el trabajo de sus manos y que en ningún caso podían reivindicar tamaña consideración los que vivían a costa del resto. El periodista Carlos Sirval lo expresaba así:

“¿Qué patria y qué economía podían éstos construir, si la base es una podre humana, mezcla de traiciones y de mercenarismo? Los cobardes de Cavite y los “gallinas” de Annual han hecho vibrar de sacra independencia un pueblo. El amor a España de que blasonan puede comprobarse en la violencia y exterminio que son signos de combate de sus mesnadas”.³²

Laureano Cerdá escribía: “Franco. Recuérdalo. Madrid no será tuyo. Ni tampoco un palmo de tierra española. Lo que has hecho te ha quitado la patria”. En el mismo artículo, publicado en el contexto de la defensa de la capital, iba aún más lejos, llegando a deshumanizarlo: “Franco. No eres español ni tan sólo humano”.³³

En resumen: los patriotas eran los miembros defensores de la España productora, enfrentados a la España negra, en cuya forja y preservación violenta habían participado activamente los militares, junto a curas y terratenientes, desde ya los ancestrales tiempos de la Reconquista medieval. Y es que la publicística anarquista, combinando esencialismo e historicismo, incidió en presentar a los milicianos cenetistas como la encarnación de los más altos y genuinos valores del pueblo español: el heroísmo, la rebeldía, la capacidad de sacrificio por una causa ideal y el arrojo en pro de la conquista de la libertad, vinculados al arquetipo del hombre guerrero. Estas y otras cualidades, sobradamente demostradas por las clases populares a lo largo de la historia de España, serían de naturaleza innata, pero a la vez también del carácter adquirido a base tanto del sufrimiento por la opresión, como de enfrentarse a la tiranía secular de la España negra.

³¹ *CNT*, 27 de agosto de 1936.

³² *Solidaridad Obrera*, 20 de octubre de 1936.

³³ *Fragua Social*, 5 de enero de 1937.

El humor sirvió para denunciar y explotar con ahínco las contradicciones de los insurrectos.³⁴ Estos aseveraban constituir la guardia pretoriana de las esencias de la nación, acusando al bando republicano de obedecer a Moscú, cuando, sin embargo, ellos combatían junto a miles de efectivos militares extranjeros enviados por la Alemania de Adolf Hitler y la Italia de Benito Mussolini. Disponemos de un buen ramillete de ejemplos en forma de caricatura de las mofas hacia el ejército sublevado por este motivo. Destaca por su elocuencia visual una publicada el 28 de octubre de 1936. Porta por título “Un ejemplar del ejército «nacionalista»”, que vemos caracterizado como un hombre rollizo de apariencia gruñona y significativamente descrito con el nombre de “Otto, salchichero de Munich; uniforme moro, fusil italiano y pasaporte... portugués” (ver figura 3).³⁵



Fig. 3.

³⁴ Xosé-Manoel Núñez Seixas, “El moro, el ruso y otros invasores: notas sobre humor y estereotipos nacionales en la guerra civil española (1936-1939)”, en Antonio Calvo Maturana (ed.), *El humor y su sentido (España, siglos xviii-xxi)*, Cátedra, Madrid, 2022.

³⁵ “Un ejemplar del ejército nacionalista”, *CNT*, 28 de octubre de 1936. En la caracterización tópica de Otto puede sorprender que aparezca en su correaje la estrella de David, símbolo judío por excelencia. Pero no lo es tanto, puesto que la idea del judío conspirador y capitalista estaba muy presente en la sociedad de la época, y también entre sectores anarquistas.

En la misma línea, los cenetistas hicieron hincapié también en el carácter hipócrita y falsario del discurso de la guerra santa “por la salvación de España” de las garras del ateísmo, habida cuenta del *modus operandi* de los que gustaban proclamarse españoles y católicos devotos, pero utilizaban mercenarios marroquíes musulmanes como fuerza de choque contra los auténticos españoles. La extranjerización y expulsión de la comunidad nacional del enemigo la encontramos ahora apoyada en el uso de imágenes denigrantes del moro, así como en la propia memoria de la Reconquista medieval. El objetivo de todo ello, a nuestro parecer, era arremeter contra uno de los grandes fundamentos de la narrativa nacionalcatólica sobre la identidad y los orígenes de la nación. A modo de ejemplo: “Los bárbaros son aquellos que, al grito de ¡Santiago Matamoros!, reclutan moros en 1936, para provocar la invasión arcaica del 711. La cristiandad llamó traidores a los que les hicieron pasar el Estrecho. ¿Cómo ha de llamar a los que lo repiten ahora?”.³⁶

Desde el frente de Aragón, en el marco del hostigamiento sobre la ciudad de Zaragoza en agosto del 36, donde había triunfado el golpe militar, Viriato (significativo seudónimo) escribía: “Vienen como viles mercenarios al servicio de aquellos que predicaron guerra al infiel marroquí; vienen al servicio de los herederos directos de los Reyes Católicos Isabel y Fernando, ultrajadores de Boabdil en Granada, al grito de Santiago Matamoros”.³⁷ En otro caso, desde la zona de la Sierra Norte de Madrid, un miliciano anarquista que firma con las iniciales B. B. se expresaba en términos análogos: “Esta será la segunda reconquista de España contra la nueva invasión sarracena traída a España por los sucesores de Isabel la Católica”. Y un poco más adelante despachaba a los combatientes venidos del norte de África como “extranjeros indeseables expulsados de sus países y recogidos en mesnada por los «patriotas» españoles para luchar contra España”.³⁸

Comprobamos que los sublevados son despojados de su condición de españoles, pasando a ser definidos solo por su confesión religiosa. Así queda consignado de manera explícita en una columna aparecida en el periódico madrileño *CNT*: “Luchan rifeños y católicos, contra nosotros españoles”. Llama la atención la utilización del clásico tópico ilustrado dieciochesco concerniente al carácter salvaje, atrasado y semioriental de España: “Pero es que ahora Montesquieu, en parte, tiene razón: «África empieza en los Pirineos». A lo menos por lo que se refiere a esa media España”.³⁹ El objetivo no era tanto el moro, sino Franco y su camarilla de generales, “«católicos patriotas» que han intentado vender a España y dominar a los españoles con musulmanes”.⁴⁰ La figura del combatiente norteafricano se convierte de esta manera en símbolo de la doblez y traición a la patria, argumento utilizado por los anarquistas para atacar el corazón mismo del discurso movilizador de los sublevados. Asimismo, conviene subrayar el uso frecuente de comillas como recurso retórico para ironizar sobre la presunta inconsistencia del patriotismo esgrimido por estos últimos.

³⁶ *Solidaridad Obrera*, 14 de agosto de 1936.

³⁷ *CNT*, 19 de agosto de 1936.

³⁸ *CNT*, 10 de septiembre de 1936.

³⁹ *CNT*, 22 de agosto de 1936.

⁴⁰ *CNT*, 14 de octubre de 1936.

El 25 de febrero de 1937, la “Soli” se hacía eco del lanzamiento por parte de la Junta de Defensa Nacional de Burgos de cuatro timbres con motivos político-historicistas, símbolos del nacionalcatolicismo: Isabel la Católica; la Virgen del Pilar; la Basílica del Pilar de Zaragoza y la imagen de un caballero desconocido. El autor focaliza su atención en la figura de este último: “Es de esperar que no sea el Cid. El que arrojó a los moros de Valencia se estremecería en su rancio sepulcro si se viera compilcado (sic) con Franco, el nuevo conde Don Julián, que los ha hecho volver a la Península para que asesinen a mujeres y niños españoles”.⁴¹

Franco es mostrado como el contraejemplo simbólico del Cid Campeador, héroe medieval elevado a los altares del panteón de insignes patriotas por la historiografía nacionalista liberal y conservadora española del XIX. Era el paradigma del hombre de armas cristiano que, con sus hazañas guerreras contra las fuerzas islámicas, mejor representaba (junto con Don Pelayo) la Reconquista del territorio patrio. Por si esto fuera poco, Franco es equiparado a Don Julián como el gran traidor. Este habría facilitado, según la tradición, el paso a los invasores árabes en su camino hacia la Península, hecho que culminaría con la caída del reino visigodo. Lo acontecido en julio del 36 no sería otra cosa que una historia repetida de la Historia.

Un último ejemplo inmejorable de la utilización de un ícono referencial propio de la narrativa historicista nacionalcatólica, lo encontramos en una viñeta aparecida en *Solidaridad Obrera* el 17 de abril de 1937 (ver figura 4).⁴² En la misma aparece el rey Fernando el Católico lamentándose de la situación: “Y pensar que yo luché tanto para sacar al último moro de España”.



Fig. 4.

⁴¹ *Solidaridad Obrera*, 25 de febrero de 1937.

⁴² *Solidaridad Obrera*, 27 de abril de 1937.

El meollo argumental del discurso anarquista no deja lugar a dudas: ¿con qué legitimidad podían alzarse como “salvadores de la patria” los mismos que habían abierto nuevamente las puertas de la Península Ibérica al moro invasor? ¿Cómo justificar una empresa bélica emprendida en nombre de la defensa de la Cruz y de la civilización occidental cristiana contra los impíos republicanos, compartiendo trinchera con los seguidores de Mahoma? ¿Cómo esa España que había llevado a cabo la Reconquista contra el islam, que había creado la Inquisición para perseguir a los judeoconversos y a los moriscos era ahora capaz de echar mano de aquellos a los que tanto había reprimido? Más aún ¿cómo conjugar el ser buen español (necesariamente católico) entregado a una nueva “cruzada nacional” como sostenían los sublevados, con servirse del infiel musulmán y extranjero para combatir al pueblo español?

LA APELACIÓN A LA HISTORIA LARGA

Los anarquistas articularon una serie de narrativas en clave nacional, toda vez que se sentían orgullosos herederos y continuadores de una genealogía histórica de luchas y resistencias acontecidas en suelo ibérico y protagonizadas por los que consideraban sus antepasados en el tiempo. Estos relatos de tipo historicista provenían de las tradiciones e imaginarios culturales del liberalismo y el republicanismo políticos del siglo XIX.⁴³ Los episodios históricos y mitos tomados como referenciales por los anarquistas eran con frecuencia compartidos con republicanos, socialistas y comunistas, siendo la nación española una matriz común al conjunto de estas culturas políticas.⁴⁴

El uso de la Historia a partir de una lectura concreta de hechos históricos singulares configuró una memoria entre mítica y resistente, siempre heroica, de la historia de España que los anarquistas exaltaban desde las trincheras de sus órganos de prensa. Elaboraban y reproducían así una determinada idea de nación, cuyo protagonista era el pueblo español, proyectado hacia el pasado con una continuidad que se extendía a lo largo de los siglos y cuya esencia residía en la lucha por la libertad y contra la tiranía. Sagunto, Numancia, Germanías de Valencia, Comunidades castellanas y Guerra de la Independencia abundan en la publicística anarquista como símbolos movilizadores y referentes pretéritos del carácter indómito del pueblo dispuesto a defender de nuevo la libertad frente a los nuevos tiranos: “El espíritu inmortal de Sagunto y Numancia, de Zaragoza, Gerona y Madrid en 1808 renace vigorosamente en las actuales jornadas de epopeya”.⁴⁵

El 25 de julio de 1936, en un amplio artículo a cuatro columnas, la redacción del diario *CNT* titulaba: “La esencia anárquica de tres epopeyas españolas. Las Comunidades de Castilla, la Guerra de la Independencia y estas jornadas de julio”.⁴⁶ El 7 de octubre, el mismo medio publicaba “España ha luchado siempre por la libertad”.⁴⁷ Los

⁴³ Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las historias de España*, Marcial Pons, Madrid, 2004. José Álvarez Junco, *El relato nacional: historia de la historia de España*, Taurus, Madrid, 2017.

⁴⁴ Xosé-Manoel Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor!*

⁴⁵ *CNT*, 9 de noviembre de 1936.

⁴⁶ *CNT*, 25 de julio de 1936.

⁴⁷ *CNT*, 7 de octubre de 1936.

comuneros eran considerados los heroicos protagonistas de la lucha por las libertades de España frente al absolutismo monárquico extranjerizante, cuya derrota habría alterado la trayectoria nacional de España. Una idea que hunde sus raíces en el imaginario histórico del primer liberalismo y que atraviesa la tradición del republicanismo político. Ezequiel Endériz se remontaba a sus recuerdos de infancia, evocando la mezcla de emociones que le causaba entonces del famoso cuadro “Los Comuneros de Castilla” de Antonio Gisbert (1834-1902), que representa la decapitación de los cabecillas del levantamiento de las Comunidades, Bravo, Padilla y Maldonado en la plaza de Villalar. “Es una de las páginas más bellas de nuestra Historia y más triste también, porque quizás en ella se quiebra la trayectoria de una España auténtica, frustrando para muchos años una gran nación”, escribía el periodista y escritor libertario. Eso es lo que amenazaba con ocurrir de nuevo de la mano del fascismo. El aplastamiento del golpe insurreccional es considerado el momento seminal que venía a romper esa especie de maldición histórica de una España aplastada en sus libertades, y que ahora iniciaría el sendero de la revolución: “Se quiere dar el segundo golpe de Villalar. Los nuevos comuneros de hoy son esta Revolución imponente que estamos viviendo”.⁴⁸

La Guerra de la Independencia es sin duda el otro gran acontecimiento histórico que brilla con especial intensidad en la prensa libertaria. Cabe recordar que en la memoria promocionada por el bando golpista la resistencia contra el francés también ocupó un lugar importante. Los anarquistas establecerán una identificación entre el levantamiento del 2 de mayo de 1808 y la gran epopeya obrera de julio de 1936. La resistencia contra el fascismo invasor vendría a ser un revival de la resistencia antinapoleónica. Con fecha 27 de febrero de 1937, un caricaturizado Napoleón Bonaparte lanzaba una advertencia a Hitler y Mussolini en la “Soli”: “No seáis idiotas. Si yo siendo Napoleón no pude con ellos, mal vais a poder vosotros...”.⁴⁹ Un artículo publicado el 1 de mayo de 1937 en el periódico *Fragua Social* se hacía eco de dos fechas icónicas para los anarquistas: el Primero de Mayo de 1886 con el recuerdo de los mártires de Chicago, y el Dos de Mayo de 1808. Siguiendo una estrategia habitual, los héroes del pasado como Daoíz y Velarde eran equiparados con Durruti, Ascaso y los miles de caídos por la Revolución española, pertenecientes todos a una extensa estirpe de luchadores poseedores del “carácter indomable de la raza hispana”.⁵⁰ En la edición del día después, coincidiendo con el aniversario del levantamiento de Mayo, se exclamaba: “Con uñas y dientes, como en 1808, nuestro pueblo rechaza al extranjero presto al pillaje, mientras edifica a retaguardia una sociedad nueva”.⁵¹ Esta última frase reúne, como en tantos otros textos, los dos principales elementos movilizadores invocados por los anarquistas: la lucha contra el invasor y la revolución social.

⁴⁸ *Solidaridad Obrera*, 24 de enero de 1937.

⁴⁹ *Solidaridad Obrera*, 27 de febrero de 1937.

⁵⁰ *Fragua Social*, 1 de mayo de 1937.

⁵¹ *Fragua Social*, 2 de mayo de 1937.

LA ESPAÑA DE LOS PUEBLOS: FEDERALISMO Y SOLIDARIDAD

En la construcción discursiva de la nación por parte de los anarquistas hay que tener en cuenta también su concepción territorial. Es de sobra conocido que su apuesta era la España federal. Inevitablemente esta habría de comportar una ruptura revolucionaria con el pasado histórico y sus inercias negativas acumuladas durante siglos. Una de estas, fundamental, alude a la vertebración unitarista y centralista del Estado, una característica identificada como consustancial a la naturaleza de la España negra y fuente recurrente de agravios contra y entre el conjunto de los pueblos ibéricos. “Se ha de estructurar la España proletaria en un concepto federalista cien por cien. Ha de romperse con la tradición unitarista. Deben desenterrarse los moldes de la España ancestral”.⁵² Es decir, recuperar la España de los pueblos históricamente aherrojados.

El primer aspecto relevante es la posición de indiscutible liderazgo atribuida al proletariado catalán en la lucha antifascista y el reconocimiento del papel de vanguardia social transformadora de Cataluña en España. Por ejemplo, en la portada de *Solidaridad Obrera* del 27 de julio del 36, se lee lo siguiente: “En estas jornadas sangrientas se ha repetido un viejo aforismo, pero que posee una actualidad candente. La voz del proletariado catalán repercute con una potencialidad avasalladora. Lo que dice Cataluña trasluce al cabo de pocas horas en España entera”.⁵³ La propia “Soli” emitía poco después un mensaje de similar tenor: “Cataluña ha sabido demostrar una vez más ser el baluarte de la libertad, derramando su sangre generosa para conservar el prestigio que le corresponde”.⁵⁴ Conviene no olvidar que la “Soli”, si bien leída en toda España, se editaba en la Barcelona revolucionaria, factor que debe tenerse en cuenta a la hora de contextualizar estas proclamas.

Esta consideración respondía a motivos tales como la trascendencia histórica del 19 de julio barcelonés, el peso social y político de la organización cetenista en Barcelona, la celeridad en el envío de columnas milicianas hacia otras regiones para combatir a los facciosos, y al dinamismo del proceso colectivizador. Por todo ello, para los anarquistas, Cataluña constituía la avanzadilla, la proa social de la España trabajadora y de la nueva sociedad que se estaba forjando, merced en gran medida al singular espíritu rebelde y constructivo del pueblo catalán curtido en la lucha de clases. “Es el espejo en que se mira el resto del proletariado peninsular, por sus anhelos creadores. Cataluña es la Meca del sentido social ibérico” proclamaba Joan Porqueras y Fábregas, miembro por la CNT del Consejo de Economía de Cataluña, en una conferencia radiada el 15 de septiembre de 1936.⁵⁵

Los publicistas anarquistas pusieron especial énfasis en la diversidad territorial y en la heterogeneidad social y cultural de España, lo que para ellos constituía un motivo para el orgullo y la reivindicación. Una España integrada por pueblos comprometidos en una causa común y compartida, esencial en el combate contra el fascismo: “¡Hermanos

⁵² *Solidaridad Obrera*, 1 de octubre de 1936.

⁵³ *Solidaridad Obrera*, 27 de julio de 1936.

⁵⁴ *Solidaridad Obrera*, 31 de julio de 1936.

⁵⁵ *Solidaridad Obrera*, 18 de septiembre de 1936.

trabajadores de Cataluña, de Castilla, de Aragón, de Valencia, de todos los pueblos del suelo ibérico, unámonos todos en apretado haz y vayamos a la caza de todas las fieras fascistas!”.⁵⁶ Los versos de Francisco de Haro apuntan en la misma dirección: “¡Milicianos levantinos, milicianos madrileños, campesinos andaluces, campesinos extremeños, camaradas catalanes, camaradas de Aragón, proletarios de Vasconia, proletarios castellanos, marineros del Cantábrico y mineros asturianos; caminad movidos todos por un solo corazón”.⁵⁷ El reconocimiento simbólico de la pluralidad de los pueblos de la España productora a través de este tipo de afirmaciones es una constante.

Constatamos al mismo tiempo cómo existe la voluntad repetida de unir y tender lazos de solidaridad fraterna entre Cataluña y el resto de los territorios peninsulares, denominados muchas veces “naciones o nacionalidades ibéricas”. Este interés se hace especialmente manifiesto con relación a Castilla, sobre la que se ofrecen dos visiones enfrentadas: por un lado, la imagen de la Castilla rebelde y popular, cargada de resonancias comuneras; por el otro, la de la Castilla inquisitorial y expansionista, de espíritu intolerante y cerril, epítome de todo aquello que representaba la España negra. Se trató de combatir la existencia del sustrato anticatalán presente en parte de la sociedad española de la época. El objetivo era el de trasladar un mensaje de unidad de los trabajadores españoles, ganando adeptos para la causa libertaria y cuanto menos generar simpatías hacia los combatientes catalanes movilizados para enfrentarse a las fuerzas sublevadas.

El periodista y escritor ácrata Jacinto Toryho se mostraba contundente por radio en nombre de la CNT y la FAI: “¡Sabemos, trabajadores de Castilla, que los elementos reaccionarios de esta tierra os hablan mal de Cataluña! [...] ¡Os dicen, entre otras falsas ruindades, que los obreros catalanes somos enemigos vuestros por ser castellanos, y que por ser castellanos vamos contra vosotros! ¡No prestéis oído a esas calumnias!”. Seguidamente exclamaba: “¡El proletariado de Cataluña no siente por vosotros sino cariño y solidaridad! ¡Cataluña es una tierra noble y generosa, incapaz de odiar a los hijos de otras regiones ibéricas!”.⁵⁸

Por ejemplo, la llegada a Madrid desde Cataluña de los primeros milicianos cenicistas y faístas fue exaltada como la materialización simbólica de la unión de la España productora frente a la amenaza fascista. El editorial publicado por el periódico *CNT* el 10 de septiembre de 1936 declaraba “España está unida por encima de las divergencias regionales”. Amparándose en la solidaridad de los hechos, se criticaba la idea de una “Cataluña que se ha querido representar como enemiga irreconciliable de Castilla”.⁵⁹ De ahí que la imagen publicada un día después de dos milicianos fundiéndose en un abrazo, uno representando a Cataluña y el otro a Castilla (figura 5)⁶⁰ esté tan cargada de simbolismo.

⁵⁶ *Solidaridad Obrera*, 4 de agosto de 1936.

⁵⁷ *CNT*, 7 de octubre de 1936.

⁵⁸ *Solidaridad Obrera*, 2 de agosto de 1936.

⁵⁹ *CNT*, 9 de septiembre de 1936.

⁶⁰ *CNT*, 10 de septiembre de 1936.

Los anarquistas destacaron por su defensa a ultranza del federalismo como requisito indispensable para la creación de la nueva sociedad emancipada. “Para levantar una nueva España (declaraba el editorial de la “Soli” del 25 de septiembre de 1936) es preciso e indispensable que se destruya en absoluto (sic) el Estado feudal y absorbente que ha desnaturalizado la fisonomía de las regiones”. Se imponía la necesidad de terminar con el “centralismo castrador”.⁶¹ La España auténtica no podía ser otra que la diversa, rica en su pluralidad y, por tanto, los enemigos de su reconocimiento serían la “Anti-España (que) se ha lanzado contra las ansias federalistas y ansias de nuestro pueblo”.⁶²



Fig. 5.

⁶¹ *Solidaridad Obrera*, 25 de septiembre de 1936.

⁶² “CNT”, 1 de diciembre de 1936.

La prensa ácrata recurrió en algunos casos a los episodios de lucha de los territorios históricos que, en defensa de sus instituciones, leyes y privilegios, habían desafiado el poder de la Monarquía católica en los estertores del Medievo y durante la época moderna. Las Germanías de Valencia, las Comunidades de Castilla y las revueltas en Cataluña contra el “centralismo tiránico”, tales como los episodios de 1640 y 1714, probarían el “temperamento libertario de los pueblos de Iberia”.⁶³ Se evocó también en una lista discrecional a personajes como Fivaller (Cataluña), Guillem de Vinatea (Valencia), Lanuza (Aragón), Pardo de Cela (Galicia) y los omnipresentes comuneros castellanos Bravo, Padilla y Maldonado, todos ellos significados como símbolos de resistencia frente al poder del Estado.⁶⁴

En síntesis, el eje discursivo de los anarquistas era la defensa de la idea de una España plural y horizontal con el federalismo como principio articulador de la nación y horizonte emancipador de los pueblos de España, en abierta oposición al modelo territorial jerárquico, centralista y homogeneizador atribuido a los sublevados. Y siempre, por supuesto, protagonizada por unas clases populares idealizadas frente a la tiranía Monarquía/Estado.

REFLEXIONES FINALES

Durante el periodo comprendido entre el golpe de Estado del 18 de julio del 36 y las jornadas de mayo de 1937 tuvo un gran protagonismo la apelación a la nación como elemento movilizador y de cohesión social en el seno del movimiento anarquista español, que tuvo que enfrentar el doble desafío de la guerra y la revolución. En este marco, los elementos de clase y nación se aunaron con fuerza en los discursos anarquistas tan pronto como fracasó el levantamiento militar contra el régimen republicano que inauguró la Guerra Civil. Fueron varias y distintas entre sí las estrategias discursivas desarrolladas por los anarquistas para disputarle el significado de nación a sus enemigos en un contexto de gran efervescencia propagandística. Su batalla por cultivar este concepto de nación española les llevó a ridiculizar y deslegitimar los símbolos de la España católica, sublevada el 18 de julio. La España contra la que luchaban era la de las esencias nacionalcatólicas que armonizaban Iglesia y Estado, que había desarrollado históricamente todo el aparato ideológico represor de la Inquisición, elevado al Ejército a la condición de guardián y salvador de la patria amenazada, la unitaria y centralista. Se buscó, ante todo, confrontar a esa España negra con una nueva España que estaría al servicio del pueblo y el proletariado revolucionario, en la que clase proletaria y nación

⁶³ *Solidaridad Obrera*, 26 de agosto de 1936. El texto reproduce una conferencia radiada de Jacinto Toryho, en la que este afirmaba también que “Cataluña tiene en su haber glorias inmarcesibles que ponen muy alto su arrojo, su entereza y su amor a la libertad”.

⁶⁴ Joan de Fivaller, símbolo de las libertades municipales frente a Fernando I de Trastámara; el valenciano Guillem de Vinatea, elevado a la condición de mito defensor de las libertades urbanas frente a la Corona en el siglo XIV; Juan de Lanuza (1564-1591), Justicia de Aragón, se opuso a las tropas enviadas por Felipe II durante las alteraciones aragonesas, siendo ejecutado en 1591; Pedro Pardo de Cela, personaje mitificado en Galicia, opuesto a Isabel I en la guerra civil castellana. *Solidaridad Obrera*, 17 de octubre de 1936.

se fundían en un abrazo identitario. El foco de interés se centra en la visión de las dos Españas, analizadas de manera antitética al relato de los sublevados: la España clerical, fanática e inquisitorial frente la España proletaria, unida por los intereses de las clases populares y en su diversidad regional. Los anarquistas elaboraron una serie de narrativas cargadas de símbolos y representaciones historicistas, que conectaban la lucha del pueblo español contra el invasor con destacados mitos y referentes históricos de heroísmo y resistencia popular al extranjero en la Península Ibérica evocados con toda su carga épica. A sus ojos, eran los auténticos continuadores de una tradición ibérica de luchas contra la opresión que hundiría sus raíces en tiempos remotos. Asimismo, el discurso anarquista apostó por una concepción territorial federalista de España, simbolizada por la unión de los distintos pueblos contra el fascismo agresor, con Cataluña como punta de lanza de la revolución social y de la lucha por las libertades.

En definitiva, los heraldos de la revolución social defendieron con tesón su alternativa de identidad española, apelando siempre a idealizar el objetivo que consideraban auténticamente unitarista: el triunfo de la revolución proletaria y la identidad de clase como argamasa de la nación, excluyendo a sus enemigos de la comunidad nacional imaginada.

Clase, nación y memoria histórica en los discursos movilizadores anarquistas en la Guerra Civil española (julio de 1936 – mayo de 1937)

*Class, nation and historical memory in anarchist mobilizing discourses
in the Spanish Civil War (July 1936 – May 1937)*

VÍCTOR BURGOS PORTABELLA
Universidad de Barcelona

RESUMEN

El presente trabajo disecciona, a partir de fuentes hemerográficas, los discursos movilizadores anarquistas en la Guerra Civil española durante el periodo que transcurre del golpe del 18 de julio hasta los hechos de mayo de 1937. El texto examina la dialéctica entre las identidades de clase y nación en la propaganda anarcosindicalista. Se constata la interpretación de la contienda bélica en términos de lucha de liberación nacional y de conflicto de clases, con todos sus referentes históricos, símbolos y significantes de una identidad española proletaria contrapuesta a la defendida por los sublevados en 1936. Se analiza, asimismo, la voluntad de tender lazos de solidaridad entre Cataluña y el conjunto de los pueblos peninsulares en el marco de una España federal.

PALABRAS CLAVE

Guerra Civil española, anarquismo, nacionalismo, identidades, propaganda de guerra.

ABSTRACT

The present study dissects, from hemerographic sources, the anarchist mobilizing discourses during the Spanish Civil War during the period from the coup of July 18 to the events of May 1937. The text examines how class and nation identities merged in anarcho-syndicalist propaganda. It is noted a interpretation of the war as a struggle for national liberation and class conflict, with all its historical references, symbols and signifiers of a proletarian Spanish identity opposed to that defended by the rebels in 1936. It also analyses the desire to forge ties of solidarity between Catalonia and the rest of the peninsular peoples within the framework of a federal Spain.

KEYWORDS

Spanish Civil War, anarchism, nationalism, identities, war propaganda.

VÍCTOR BURGOS PORTABELLA

Prepara su tesis doctoral en el Programa de doctorado en Sociedad y Cultura de la Universidad de Barcelona, sobre las características y evolución de la cultura política anarquista durante la Segunda República y la Guerra Civil española.

ORCID: 0009-0000-7418-9748

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Víctor Burgos Portabella, “Clase, nación y memoria histórica en los discursos movilizadores anarquistas en la guerra civil española (julio de 1936 - mayo de 1937)”, *Historia Social*, núm. 111 (2025), pp. 27-48.

Víctor Burgos Portabella, “Clase, nación y memoria histórica en los discursos movilizadores anarquistas en la guerra civil española (julio de 1936 - mayo de 1937)”, *Historia Social*, 111 (2025), pp. 27-48.

DOI: <https://doi.org/10.70794/hs.113445>